



Firmas

Ciudadanía, 22/11/2019

Poco a poco fue cayendo en la pereza y en la indolencia, para no dar ningún pretexto a Nerón y, como solía decir, “porque a nadie se le obliga a rendir cuentas de su inactividad”¹.

Suetonio, Vidas de los doce césares (Galba)

Tal vez sea una solución. Tal vez sirva para algo, aunque lo dudo. Y tal vez sea la inútil solución de quien no puede hacer otra cosa o no quiere recurrir a otras estrategias. Sea como fuere, y antes de continuar, tengo que decir que yo, y así nadie me acusará de hipócrita, he participado, y sigo haciéndolo, en dichas peticiones. Estampo mi firma en muchos de los requerimientos que me envían; en otros no, y lo hago siempre con un toque de escepticismo. La semana pasada lo hice con un toque de indignación. Las buenas maneras, o la cobardía, me impidieron negarme a firmar, aunque hice trampa. Una tontería.

Fui a mi pueblo. Me sacaron de él siendo un niño, así que me saludan muchas personas, dicen que no puedo negar que soy de allí, a las que yo no reconozco. Antes, para evitarme esto, y para no tropezarme con alguien de la familia, todos riñeron con todos, llegaba al pueblo bien temprano, de noche. Eso lo hacía cuando me entraba una cierta tristeza o melancolía. Descubrí que pasear por aquellas calles por donde había transcurrido mi infancia de alguna forma me sentaba bien, me reconciliaba con el mundo. Me gustaba ir, sobre todo, en invierno, con frío, viento y lluvia. Por supuesto nunca vi a nadie por las calles. Así que en la más completa soledad seguí los pasos que, de la mano de mi abuelo, me llevaban de mi casa a la estación, odiados y necesarios viajes a la capital; caminé por las calles que me conducían a la escuela, a casa del abuelo, al barranco, al cementerio, y a la escuela, y a la primera de todas, donde aprendí a leer.

Aquella primera escuela estaba regentada por doña Pepita, una mujer joven, rubia, con la que me encontraba muy a gusto.

Recuerdo con toda nitidez el primer día que mi madre me llevó al aula. La clase ya había comenzado. Yo era un crío de poco más de tres años. Mi madre me llevaba en brazos. Y al entrar en el aula me aferré a su cuello con todas mis fuerzas. Y me puse a llorar. Por nada del mundo quería quedarme allí. Pero en medio de mis llantos vi a un amigo sentado en un banco, con un lápiz en la mano, y una libreta abierta donde estaba trazando garabatos. Mi amigo me sonrió. Cesó mi llanto de repente. Doña Pepita me sentó a su lado.

En uno de mis innumerables viajes al pueblo, de noche, armado con una linterna, con gorro, guantes y bien abrigado, me dirigí a aquella escuela. Estaba cerrada. No obstante, a través de las rendijas de una destartada puerta de madera, pude ver el interior, lleno de vigas, maderas y viejos y abandonados utensilios. Me quedé espantado. Era una estancia grande, desangelada, de techos muy altos, con dos o tres ventanucos muy elevados. Había desaparecido la tarima donde estaba la sólida mesa de doña Pepita. También lo había hecho su mesa, la pizarra, y los bancos que ocupábamos los alumnos. Imaginé que con todo aquel material se había hecho una buena hoguera, tal vez durante la festividad de San Antonio. Entonces se hacían hogueras por todo el pueblo. Y cuando el fuego remitía, apoyados en unas fuertes cañas, saltábamos por entre las brasas. Todos los años, mi abuelo se iba a un cierto bancal, y volvía con una flexible y fuerte caña para que pudiera saltar. Yo lo hacía de mil amores.

Me imaginé saltando, con la caña del abuelo, por entre las llamas de la mesa de doña Pepita, la pizarra y los bancos corridos de los niños. Entonces me separé de la puerta y apagué la linterna.

Al lado de la escuela de doña Pepita estaba el cuartel de la guardia civil. No guardo buenos recuerdos de él. Allí, siendo un crío de poco más de seis o siete años, fui interrogado, junto con todos los críos del pueblo, por el cabo del cuartel. Era, en tan tierna edad, un inocentón, así que no me asusté, cuando me llegó el turno de pasar a su despacho, ni por sus tacos, ni por sus bravuconadas, y por el pistolón que colgó de la percha dejando a mi vista la culata del mismo. Me sentí fascinado por el arma; sin quitar los ojos de ella, contesté de mala gana a todas las preguntas. Todas mis respuestas se redujeron a una cantinela de la que no logró sacarme: "Yo no sé ná", dije una y otra vez, sin que apareciera mi maestra para corregirme y decirme que no se dice "ná"; hay que decir nada. Por supuesto, el cabo no se atrevió a ponerme la mano encima. Tampoco lo hizo mi padre, aunque este, al enterarse de mi participación en el evento, me soltó una patada en el culo que tuvo la virtud de desplazarme varios metros. Y ahí quedó todo.

Aun así tuvo que intervenir el juez de paz de otro pueblo para hacerles caer, a padres y guardias civiles, que todos los interrogados éramos menores de edad; nadie llegaba a los catorce años; y que era más que improbable que fuéramos los autores de un incendio que se declaró a las doce o la una de la noche en una era. Resultaba más que imposible que las colillas de los cigarrillos, dejadas caer en unos montones de espliego a las siete de la tarde, prendieran al cabo de cinco o seis horas.

Y ahí se terminó la historia.

Me demoré ante la puerta de la casa-cuartel. Estaba tapiada. No había ninguna rendija por lo que pudiera mirar hacia el interior. Pero todavía conservaba, sobre el dintel, los azulejos con la consigna del cuerpo. Letras verdes sobre el fondo de la bandera española: Todo por la patria. Hasta la última gota de sangre, pensé.

De allí me dirigí al cine principal, al doblar la esquina. En él vi mis primeras películas. Pasé entonces, con la linterna encendida iba recorriendo todas las puertas, por la de un edificio anexo a la escuela. En realidad estaban todos en el mismo bloque. Me llamó la atención, no obstante, que la puerta estuviera chapada con una lámina de metal. Todo ella estaba repujada; en el centro, encerrado por un círculo, tenía un Agnus Dei, no muy afortunado, la verdad, y que debía tener sus años. Lamenté que dicha puerta estuviera a la intemperie en un edificio que si no estaba en ruinas estaba, como mínimo, inutilizado. Imaginé que aquella puerta terminaría por ser arrancada y arrojada a alguna hoguera o basurero.

Me dirigí, por fin, a la iglesia. No pude entrar a verla, lógicamente. Pero sí que vi varias piedras, tal vez altares o estelas funerarias, con inscripciones en latín. Fui incapaz de leerlas y menos todavía de comprenderlas. Me llamó la atención, eso sí, que las tuvieran allí, en un rincón, aunque bajo unas arcadas. Estaban, en teoría, más a cubierto que la puerta del Agnus Dei, aunque, como siempre, no les faltaban las colillas tanto sobre ellas como a sus pies, junto con las inefables latas de refrescos y alguna que otra de vino.

Fue entonces, todavía de noche, cuando me prometí que volvería de día, la semana siguiente, con la cámara fotográfica, y fotografiaría todo aquello que creía tenía algún interés. Me dirigí hacia el coche, pues, y me volví a casa.

Por diversos problemas tardé en regresar. Pero tal y como había pensado, lo hice de día. Tuve suerte: era un día que estaba nublado, lo cual suponía una luz más homogénea, sin contrastes. Aparqué en la entrada del pueblo, en la puerta de la casa donde vivía doña Pepita. Y dada su proximidad de la iglesia, lo primero que hice fue fotografiar las piedras con inscripciones en latín; pasé al el dintel de la casa cuartel de la guardia civil, a la puerta de mi antigua escuela, y al famoso Agnus Dei. Pese a que llevaba una cámara digital y que podía ver las fotos al instante, de todo hice dos o tres tomas.

Quise fotografiar también la puerta de entrada el cine. Todavía se podía leer, escritas en forma de arco, de un color azul ya muy desvaído, las palabras Cine Principal sobre ella. Para mi sorpresa, ante la puerta habían dejado un montón de muebles y aparatos inservibles. Un tanto alejado de ellos había un pequeño taco de entradas. Lo recogí. No estaba completo. Me devolvieron a mi infancia como un puñetazo te puede llevar a perder el sentido. No recuerdo lo que costaban las entradas. No creo que fuera mucho. Llevaba en el bolsillo los chavos que me había dado mi madre... Allí comenzó mi gran afición al cine. Me guardé las entradas en un bolsillo.

Sin importarme ya que me reconocieran o dejaran de hacerlo, recorrí todo el pueblo haciendo fotos. En uno de aquellos momentos me saludó alguien. Un viejo amigo de la infancia me había reconocido. Yo hubiera sido incapaz de hacerlo. Nos metimos en un bar, y hablamos de aquellos lejanos años. Al cabo de pocos minutos se nos unieron más viejos amigos. Y al cabo de un tiempo todos se tuvieron que ir. Antes, cómo no, me invitaron a regresar otro día. Me llevarían a fotografiar cosas que me podían interesar. Acepté la invitación.

Volví varias y repetidas veces. Y fotografié muchísimas cosas. Y un día se me ocurrió proponerles recoger todo aquello y crear una especie de museo donde se pudieran guardar, preservar y enseñar. Las carcajadas resonaron por todo el pueblo y aun lo sobrepasaron.

-¿Dónde crees que estás? -me preguntaron riendo de buena gana-. Aquí nadie tiene interés por nada. Se perderá todo como tantas y tantas cosas se han perdido en esta vida, y a nadie le importará nada. Y lo mejor que puedes hacer es estarte callado. Si tratas de mover algo, lo único que vas a conseguir van a ser críticas, burlas, risas y chanzas.

Pese a esas advertencias, hablé con más gente. Me moví. En vano. Tenían razón. No hubo forma de que nadie se interesara por nada. Hasta que un día, siempre cámara en ristre, siempre visitando las inscripciones latinas y el Agnus Dei, se plantificó delante de mí una moza. Armada con un bolígrafo, de tinta azul para más señas, y con una carpeta sobre la que llevaba varias hojas, me pidió mi firma. Trataba de recoger un montón de firmas para hacer que la guardia civil devolviera al pueblo el mosaico que se habían llevado de la abandonada casa-cuartel, con la inscripción de Todo por la patria. Firmé, pero creo que puse mal el número de mi carnet de identidad.

Antes de firmar le pregunté por qué no se ocupaban de la puerta con el Agnus Dei, que nadie se había llevado. Ni sabía de su existencia. Le informé del sitio donde se encontraba y se encuentra. Me dijo que hablaría con no sé quién y con no sé cuántos... Ha pasado un año. El mosaico de la casa-cuartel de la guardia civil no ha sido devuelto, gracias a dios. Y el Agnus Dei, como las piedras latinas, sigue soportando lluvias y nevadas sin que nadie se ocupe de él. Más de una vez he pensado en arrancarlo y llevármelo. Tal vez así alguien se dedique a pedir firmas para que lo devuelva, no sé para qué. Ni lo he arrancado, ni lo pienso hacer, desde luego. Ni trato ya, por otra parte, cansado, harto, aburrido, de convencer a nadie de abrir museos ni de recoger viejos utensilios o piedras o lo que sea para crear ningún museo. Pues, desde luego, a nadie se le pide cuentas por su inactividad. Vale.

¹Suetonio, *Vidas de los doce césares*, VII, 9. Editorial Gredos, Madrid, 1992. Traducción de Rosa M.^a Agudo Cubas.